



Estudio, 2006.  
Colección Enate

## Geometría del payador

Vicente VILLARROCHA

**L**a geometría, que trata de las propiedades y medida de la extensión, que estudia la riqueza de las líneas y superficies representadas y que considera las figuras cuyos puntos no están todos en un mismo plano, me servirá para trazar el dibujo de un «maestro» de eso mismo, de un profesor «encantador» (en palabras oídas sin querer, hace nada, entre un grupo de sus alumnos).

Ignacio Mayayo es un gaucho de las extensas planuras de las Cinco Villas que estudió «aparejadores» en Burgos (otro páramo) y que ha construido (literalmente) sus territorios a caballo entre el barrio del *gancho* en Zaragoza y la pedanía de Osia en las bajeras del pirineo oscense.

Es un tipo cuya humanidad (en boca —y en blogs— de todos aquellos que lo conocen) define una forma de entender la existencia (no confundir con el existencialismo) a caballo entre el disfrute de lo fantásticamente bello y el rigor con el que expresar su irreductible entusiasmo por lo exacto.

Es un individuo capaz de contar —y cantar, claro— historias propias y ajenas mientras te atrapa en la representación y, a la vez, banalizar el teorema de Pitágoras (por poner un ejemplo) dibujando líneas hipnóticas en una servilleta de bar.

Es, en fin, una persona en cuyos *planos* todos, ya en el denominado horizontal, el inclinado, etc., incluso en el subjetivo plano óptico (tan fotogénico), habitan esos innumerables «puntos» que, por no alargarme, son en Mayayo los «punctum», esas señales de superficie que orientan o no, pero que siempre generan perspectiva.

Y hablando de puntos, el gaucho payador, el «clásico», toca su guitarra siempre en contrapunto con otro y la «puntería» de su payada se anuda en la complicidad.

Un payador pone en solfa todo aquello que le toca y es en esencia un héroe. La tarea del héroe la explicó Camus con precisión existencial y, naturalmente, así será. Pero desde la «situación» habría que apuntarse la cita de John Le Carré que recordaba Carmen Iglesias hace poco para finalizar un artículo: «Hay que ser un héroe para ser simplemente una persona decente».

Y hasta aquí la hagiografía. Así que volvamos a la geometría versificada. Ignacio Mayayo, que es mi amigo (ya lo habrán notado), es una suerte de triángulo, ora isósceles, ora rectángulo y, muchas veces, equilátero

con asombrosa naturalidad. Un triángulo curvilíneo, geodésico, en el que los vértices se comunican sin necesidad de trazados lineales, ángulos u otras zarandajas del cálculo, incluido el sencillo del teorema del seno.

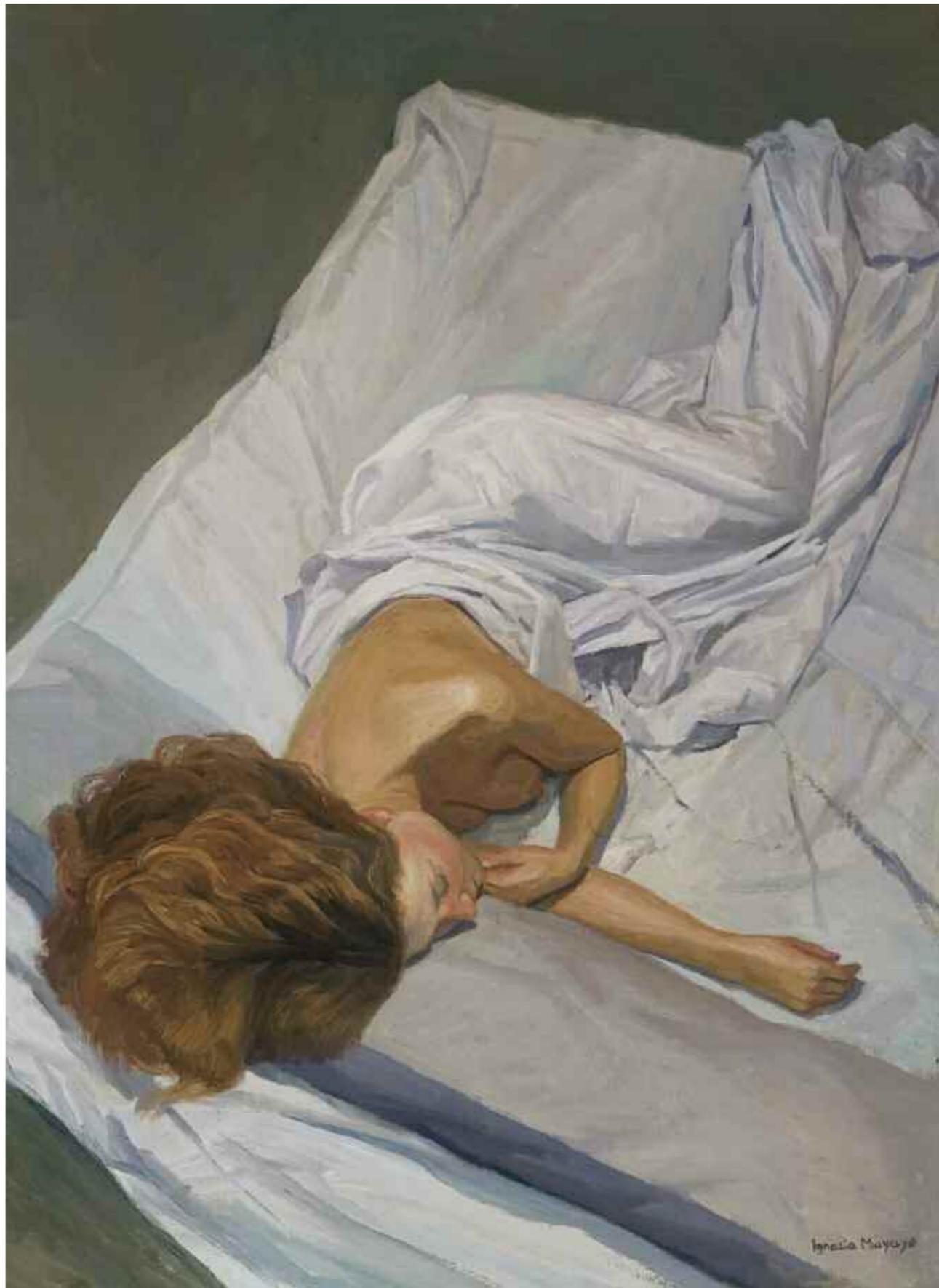
¿Es la música que suena tras la ciencia la última poética?

Pero a lo que voy: en uno de los lados del polígono de tres está el arquitecto técnico (aparejador, le gusta más) que, sabedor del oficio, mezcla arena y cemento (como en la canción de Machín) para construir sueños habitables. Los cálculos de resistencia son prescindibles aquí porque Mayayo es un «resistente» pertinaz.



Rincón del estudio, 1990.  
Colección particular

Otro lado lo «sustancia» el profesor de dibujo técnico (antes lineal) en la Escuela de Arte de Zaragoza. Bueno, ese «lado» del triángulo del que hago metáfora es el que argumenta su presencia en estas páginas. La centenaria Escuela ha marcado los tiempos artísticos de la gusanera que conocemos los que aquí seguimos. Creo que fue Eduardo Salavera (otro pintor tozudo) quien proponía, en un juego fonético, cambiar el nombre de «zara-goza» por el de «zara-sufre». Félix de



Página anterior:  
*Muchacha acostada*, 2004.  
 Colección del autor

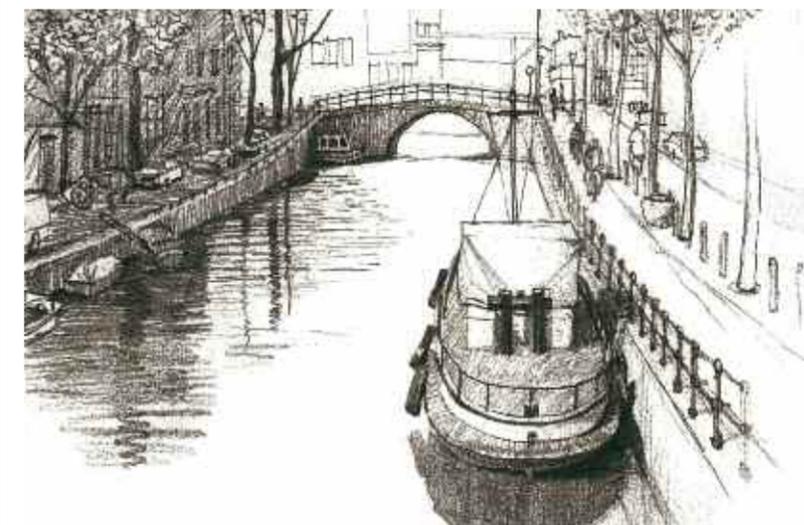
Arriba:  
*Nocturno de Zaragoza*, 2006.  
 Colección Enate

Abajo:  
*Amsterdam*, 1999.  
 Colección del autor

Azúa (otro «maestro») apuntaba que «cada país produce su propia atmósfera literaria» y, en esa dirección, me atrevo a señalar que en el siglo éste, los docentes y alumnos del viejo caserón ahora abandonado han sido los esforzados encargados de mantener encendida la luz del faro de referencia en la orilla del proceloso mar de la maraña de las artes plásticas justo donde se cruza con el océano embarrado del «diseño bauhausiano» (lo que son, para entendernos, los «oficios» artísticos). Bien, la vieja Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Zaragoza, ahora magníficamente reubicada, ha producido su propia atmósfera y, de seguir contando con algún esforzado veterano de «largo recorrido», si me permiten el símil ciclista, que sigue impulsando al «pelotón» (como el «payador» Mayayo) seguirá ganando etapas.

El tercer lado del triángulo es el «bueno», el que no cierra la figura, el que da salida a bisectrices, mediatrices, alturas o medianas, el lado abierto al hecho creativo, el del los «punctum» que les decía antes, que no hacen sino determinar nuevos triángulos de los que son vértices. Es el lado del pintor «clásico» que aúna al dibujante de comic, al ilustrador (Mayayo sabe un huevo del género) al grabador ensimismado y al artista rebelde. Porque Ignacio pertenece a ese grupo de insensatos que en los primeros años setenta del siglo pasado

decidieron cambiar el mundo. Lo contaba Manuel Vicent: «La rebeldía consistía en un no resignarse nunca a vivir sin belleza y sin la libertad y también sin un placer exento de melancolía: esa era la mejor arma contra los dioses». Y Mayayo «pollo urbano» apostillaba: «entonces éramos todos millonarios».





Peña Oroel, 2004.  
Colección Enate

La Pintura, una de las antiguas «bellas artes», se ha paseado endiosada por el Olimpo intemporal, pero ha sido reducida a elemento constructivo. Y como se trata de encarar las pinturas de Mayayo, un profesor moderno (atemporal sería más exacto, porque enseña aquello que sabe) propongo a mis improbables lectores, antes de mirar (de leer, en fin) la pintura del compañero Mayayo, cuatro *pincladas* para implementar el polo receptivo-comprensivo que cierra el circuito de



Cama deshecha, 2006.  
Colección Enate

la fenomenología del hecho artístico. Una actividad íntima, vital y en esencia solitaria, genera energía en aquel que «hace contacto». Allá van:

1- En el catálogo de una exposición colectiva de artistas locales que, antes de las autonomías educativas, circuló por estos páramos bajo el horrible título *Arte a la Escuela* aparecía una foto *identificativa* del artista Ignacio Mayayo, maquillado con peluca y nariz (¿disfrazado?) de payaso.

2- En una viñeta de Cano que guardo, dos *joter*as desojadas y vociferantes intercambian frases (por decirlo de alguna manera): una dice «¡hay que sacar el arte a la calle!» y replica la otra «¡¿pa'que, pa'que nos tiren piedras?!».

3- Ramón Gaya, un inmenso escéptico, aseguraba que «los críticos de arte entienden de una cosa que no comprenden».

4- Ese pintor de paisajes conceptuales que fue Benjamín Palencia decía: «Había que ir al color. Yo quería un color vivo, un color que no tuviera desmayos, un color que no estuviera frotado con aguarrás, un color entero, un color decidido, un color que mira, que piensa, que tiene vitalidad como un ser vivo...».

De todos modos el tercer lado del «maestro» Mayayo, el de pintor, es el que jamás cerrará geometría alguna (melancolía aparte).